

21: JONÁS, LECCIÓN CONTRA EL PREJUICIO

La caída de Jerusalén ante el ejército babilonio, a comienzos del siglo VI aC, fue un impacto terrible para todo Judá. La ciudad no había caído ante un invasor desde hacía cuatrocientos años, cuando, en 1000 aC, el propio rey David se la arrebató a los jebuseos y la convirtió en la capital del país, recién unificado. Cuando Salomón construyó el Templo, el pueblo empezó a pensar que aquella ciudad santa viviría por siempre bajo la protección del Dios que habitaba en ella. La caída de la ciudad en el 596 aC. desmanteló esta idea y el subsiguiente exilio a Babilonia no hizo más que aumentar el impacto y ahondar la desesperanza.

La profundidad e intensidad del dolor de esta situación tenía que ver con la arraigada creencia de que los judíos, de algún modo, eran el pueblo escogido por Dios. La destrucción de Jerusalén y el exilio les parecía una extraña manera de tratar Dios al "pueblo escogido". Pero la vida ha de soportarse tal como es y los judíos tuvieron que vivir lejos de su ciudad y de su suelo sagrado durante varias generaciones. Finalmente, los persas derrotaron a los babilonios y permitieron a los judíos retornar a repoblar su tierra de origen. Grandes y pequeños grupos fueron regresando durante los dos siglos siguientes.

Los judíos tuvieron que tratar de explicar por qué Dios había permitido la derrota y el exilio. Tenía que haber alguna explicación. La necesidad de una respuesta fue adquiriendo intensidad a medida que la población retornaba para reconstruir el país. Necesitaban estar seguros de que la ira de Dios no les caería encima otra vez. Para ello, necesitaban saber cómo habían ofendido a Dios antes. Su primera explicación fue emocionalmente insatisfactoria porque culpaba de infidelidad a sus ancestros y deshonraba a sus padres por haber violado el pacto de los diez mandatos. Luego encontraron una idea mejor porque culpaba a las influencias foráneas: "— Algunos de nuestros antepasados más débiles se casaron con mujeres extranjeras y estos elementos gentiles trajeron la corrupción a nuestro pueblo: contaminaron nuestra fe y nuestra pureza racial ". Así quedaba clara cuál iba a ser la forma de evitar un futuro desastre: había que purgar a la nación de los elementos no judíos; había que expulsarlos del territorio. Los descendientes mestizos también debían irse. La nueva tierra debía ser sólo para los judíos. Y, en efecto, se decretó una ley al respecto y se formaron patrullas cuyas instrucciones eran verificar las líneas de sangre de las familias "hasta la décima generación" para asegurar así la pureza racial del recién restablecido estado judío. La única forma de asegurar la bendición de Yahvé era asegurar la adoración de un pueblo judío que fuera puro y sin mancha. De esta forma, la sociedad judía entró en un período de extrema violencia hacia el interior.

En medio de una atmósfera tan oprimente, fruto de esta teología tan racial, alguien desconocido, probablemente un hombre ya que a las mujeres no se les enseñaba a escribir entonces, se encerró en su casa para encontrar la manera de desafiar semejante mentalidad exclusivista. No podía atacarla pública y directamente porque podían acusarlo de arriesgar que sucediera una nueva derrota y un nuevo exilio. Tenía que diseñar un ataque por el flanco para dar tiempo a que se hiciera evidente la intención crítica que lo animaba. Tenía que encontrar la manera de poner disimuladamente a las autoridades ante un espejo para que así la verdad les penetrara antes de que ellos pudieran evitar que lo hiciera. Pluma en mano, optó por una historia que fuera fantástica, llena de exageraciones, propia de un mundo increíble, pero que fuera tan atractiva que todos quisieran escucharla. Y esto fue justo lo que hizo durante algún tiempo, en la libertad de su casa. Cuando el texto estuvo terminado, de forma repentina y anónima apareció en medio de una Jerusalén inmersa en plena limpieza étnica. El pregonero de la ciudad juntó a algunas personas a su alrededor, en la plaza pública, y leyó aquella historia.

"Había una vez en Israel un profeta de nombre Jonás. Yahvé llamó a Jonás y le dijo que fuera a predicar a la

gente de Nínive. — ¿De Nínive? —dijo Jonás— Debes estar de broma. ¡Es una ciudad gentil e impura! ¿Por qué ibas a querer que hiciera yo allí algo tan extraño y en tu nombre?

Pero Dios estaba decidido y su mensaje era claro. De modo que Jonás tenía que obedecer y partir. Pero entonces Jonás hizo lo que todos cuando quien tiene autoridad manda hacer algo que uno no quiere: Jonás dijo "— Sí, ahora voy" cuando lo que quería decir era que "no", puesto que no tenía la menor intención de obedecer y de ir. Jonás, entonces, obró en consecuencia: fue a su casa, hizo la maleta, se fue al puerto y compró un pasaje en barco, pero con destino no a Nínive sino a Tarsis. A Nínive no se va por mar, a Tarsis sí, y todos los oyentes sabían esto.

Jonás pensó que, si Yahvé lo pillaba, podría defenderse diciendo que no lo había entendido bien. De hecho, Jonás confiaba en que Yahvé ya habría reflexionado y habría cambiado de idea. Todo iba a salir bien. Se embarcó, desempaquetó su maleta en el camarote, se puso sus Bermudas, cogió un buen libro y se instaló en una hamaca de cubierta mientras la nave se adentraba en el Mediterráneo. El viaje se desarrolló sin incidentes hasta que una nube oscura cubrió y ensombreció la nave. El capitán maniobró y llevó el barco a babor y a estribor para esquivar la nube pero todo fue en vano. La nube seguía porfiadamente el rumbo del barco. El resto del cielo seguía claro y despejado pero la nube se tornaba cada vez más oscura, hasta que de su interior salieron rayos, truenos y relámpagos y, finalmente, lluvia. La situación era tan extraña que el capitán concluyó: "— A alguien de allá arriba le desagrada alguien de acá abajo".

Entonces decidió buscar al ofensor de Yahvé del modo más científico que se le ocurrió: lo echaron a suertes y le tocó a Jonás. "— ¿Qué has hecho, pues, Jonás?" "— Bueno, Dios me dijo que fuera a predicar a Nínive pero yo pensaba que a Dios, en verdad, no le importan los ninivitas; así que saqué pasaje en este barco que va en dirección contraria...". El capitán, a quien tampoco le importaban los ninivitas, aceptó la explicación y procuró de nuevo guiar a su barco fuera de la tormenta. Hasta que un rayo cayó cerca y una ola barrió toda la cubierta, incluida la hamaca de Jonás. Entonces fue cuando el capitán optó por la seguridad de la embarcación y decidió que Jonás tenía que salir del barco. Así que, tres marineros y él cogieron a Jonás, lo ataron de pies y manos y, a la de tres, lo lanzaron por la borda al mar.

Pero Jonás no llegó al mar. Un gran pez (nunca la historia habla de una "ballena") estaba merodeando junto al barco y atrapó a Jonás, quien cayó entre sus mandíbulas abiertas. Y Jonás pasó así, con vida, a habitar en la barriga del pez. Jonás tenía cualidades adaptativas de modo que se instaló en su nuevo hogar. Durante tres días con sus noches, Jonás permaneció allí, hasta que el gran pez se cansó de él y lo arrojó fuera. Jonás se encontró entonces en medio de una playa tranquila. Pero, mientras trataba de aclarar su mente, escuchó otra vez la voz de Yahvé: "— Jonás, ¿quieres ir a predicar a la gente de Nínive?" "— OK, Señor —dijo Jonás— Tú ganas. Iré".

En tan sólo un versículo, Jonás ya está en Nínive. Pero sigue convencido de que Dios se equivoca queriendo convertir a los gentiles. De modo que de nuevo optó por resistir. Al estilo de Frank Sinatra, se dijo: "Lo haré... pero a mi manera". Y concibió hacerlo sin levantar la voz, sólo en forma de un murmullo, y sin alejarse de las calles y los pasajes de la periferia de la ciudad. En un susurro, decía: "— Yahvé me envía para decirles que se arrepientan. Arrepiéntanse y vuélvanse hacia Yahvé". Jonás esperaba que nadie lo iba ni a oír ni a escuchar pero, para su sorpresa, todos lo oyeron y lo escucharon. La gente salía de sus casas, se agolpaba en multitudes, confesaba sus pecados, rasgaba sus vestiduras en señal de arrepentimiento y rogaba misericordia de la parte de Dios. Jonás, como predicador, tuvo el mayor éxito de la historia. Jerry Falwell habría dado la vida por obtener alguna vez una respuesta así de unánime. Jonás, en cambio, continuaba enojado. Salió furioso de la ciudad y refunfuñó: "— Lo sabía. Sabía que esto pasaría, oh Yahvé. Por eso no quería venir. Esta gente vil merece un castigo. ¡Te conozco! ¡Sé que los perdonarás! Pero, ¿por qué tu amor no termina y tiene los mismos límites que el mío?"

Jonás se fue a las afueras de la ciudad y se sentó, inmerso en un sombrío silencio. A lo lejos se escuchaba el canto de los penitentes que cantaban el himno que empieza: "Dulce hora de oración, etc.". Yahvé también

permanecía en silencio y así cayó la noche. Cuando Jonás despertó, vio que una planta gigante había crecido junto a él y cubría su cabeza y la protegía del sol. Durante todo el día, Jonás se protegió de la inclemencia del sol así como del fuerte viento del desierto gracias al follaje y al tronco de aquella enorme planta. Sin embargo, durante la noche, Dios envió un gusano que acabó con aquel árbol, convertido en un pequeño montón de serrín. Al despertar, Jonás se trastornó por la pérdida del árbol protector. Lloró, gimió y sintió la profundidad del duelo. Por último, Yahvé rompió su silencio y espetó: "— Pero, Jonás, ¿cómo puedes tener sentimientos tan apasionados por un árbol y ninguna compasión por los ciento veinte mil habitantes de Nínive y su ganado?"

Aquí termina el libro. Imagínense ustedes ahora la lectura de esta historia en las calles de Jerusalén y en plena limpieza étnica. A medida que el relato avanzaba, la gente comentaba y criticaba los prejuicios de Jonás, pero luego llegaba un momento en que se daba cuenta de que el relato no era más que una retrato ficticio de ellos mismos.

Si el libro de Jonás permanece en la Biblia hasta nuestros días, no es por sus milagros ni por su simbolismo en vistas a la resurrección de Jesús, con los tres días del profeta en el vientre del gran pez. Si permanece en la Biblia es para contrarrestar y criticar los asertos humanos de que el amor de Dios no tiene los mismos límites que "nuestro" amor, ya sea nuestra religión o nuestra sociedad o nuestro estado o pueblo. No hay tales límites para el amor de Dios. El mensaje de Jonás adelanta el de Pablo: Para Dios, no hay distinción entre judío y gentil, varón y mujer, negro y blanco, homo y hétero, de izquierdas y de derechas. Dios invita: "Venid a mí, todos, sin distinción". Él nos acepta cual somos. ¡Cómo osan Papas, Arzobispos de Canterbury o instituciones religiosas o sociales, en nombre de Dios, juzgar y expulsar a otros fuera del amor acogedor de Dios! Cuando cualquier líder o tradición, religiosa o no, excluye o disminuye a cualquier hijo de Dios por el bien de alguna "unidad" o porque define el amor de Dios como limitado, el libro de Jonás se levanta y su relato pone en su sitio a este liderazgo y a estas actitudes.

— John Shelby Spong